

## EDUARDO ACEVEDO DÍAZ EN EL SIGLO XIX: OBRERO DEL IDEAL PARA LAS MUCHEDUMBRES

Pablo Armand Ugón  
Universidad de la República

En el artículo “La evolución filosófica de Acevedo Díaz”, Arturo Ardao ubica al escritor, durante su juventud, dentro del racionalismo metafísico, que concibe un ideal deísta y religioso. Esta interpretación del mundo, según Ardao, se ve modificada a partir de 1884 en su artículo “Literatura nacional” (texto al que pudimos tener acceso fragmentariamente), en el que el crítico nota el primer acercamiento de Acevedo Díaz al positivismo y agrega que da muestras de su simpatía por las doctrinas evolucionistas.

Sin embargo, lo que no se modifica en Eduardo Acevedo Díaz es su concepción idealista, al menos dentro del contexto del siglo XIX. Si seguimos a Ardao, podemos encontrar una justificación: “*El positivismo a que llegó Acevedo Díaz estaba asentado sobre el subsuelo romántico de la ardiente mocedad, al que permaneció siempre ligado, en literatura y en política, el fondo de su temperamento.*”

En torno al fin del siglo XIX, los intelectuales latinoamericanos que creaban literatura estaban situados en un lugar *no problemático* dentro de la sociedad, en la que encontraban un sitio simbólico concreto que claramente los identificaba con una función social específica. En *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Julio Ramos escribe: “*La literatura –modelo, incluso, del ideal de una lengua nacional, racionalmente homogeneizada– había sido el lugar –ficticio, acaso– donde se proyectaban los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa imaginario, en fin, de los estados en vías de consolidación.*” (Ramos, 2009: 49)

Los textos críticos de Acevedo Díaz publicados en la prensa durante el siglo XIX corresponden a la concepción de este período, aunque, como ha mostrado Felipe Correa, la noción más abstracta referida a los *ideales*, comienza a ser abandonada gradualmente. Este momento, que podríamos llamar de *seguridad idealista*, es el que estudiaremos en este trabajo, analizando cómo Acevedo Díaz intenta llevar a cabo la construcción de la sociedad moderna. Sin embargo, esta idea, como ha analizado Julio Ramos en el libro mencionado, luego entrará en crisis dentro de la intelectualidad latinoamericana a causa de la propia modernización.

De la noción ideal del arte de Eduardo Acevedo Díaz resulta su convicción de la existencia de obras superiores e inferiores; como asimismo se explicaría esta distinción entre los seres humanos. Las obras superiores pueden ser resultado de dos tipos de artistas: de los genios o de los que poseen talento. El primero de estos, según escribe Acevedo Díaz en 1880 en “El estilo. Disertación sobre estética”, “*surge por generación espontánea, se eleva y agiganta como el árbol del desierto en cuya sombra se refugia la caravana errante*” y, en “La vida de sentimiento” publicado en el mismo año, sostiene que los genios “*presienten una humanidad extraña*”. Los segundos, los que poseen talento, se forman, y estimularlos es el deber de los gobiernos liberales para reemplazar el vacío científico y literario, como lo expresa en su artículo “La literatura entre nosotros”, fechado en 1873. Advertimos que las diferentes referencias a un tipo y a otro de escritor, a lo largo de los textos que estudiamos, radicaría simplemente en esta noción de cómo se originan.

En el artículo titulado “El estilo. Disertación sobre estética”, de 1880, podemos leer que estos seres superiores, de naturaleza selecta, eluden el egoísmo y obtienen sus compensaciones o, al menos, la “*embriaguez de los ideales*” con la que ellos están comprometidos a enseñar a la humanidad. En este sentido, Eduardo Acevedo Díaz manifiesta que el estilo debe ser “*impersonal*” o “*verdadero*”, haciendo referencia a las obras que deben abarcar todos los sentimientos humanos, o sea, el ideal, que, a su vez, es aceptado y reclamado por la humanidad.

Una obra capaz de reflejar los ideales, para Acevedo Díaz, debe surgir de lo que es *posible*, o sea, de lo que es *común a todos*, de esta manera sostiene en el último artículo mencionado: “*Dante inventó un infierno tan posible, que en la tez morena y pálida del poeta, las madres del pueblo creían descubrir las huellas de las tostaduras, y lo señalaban con respeto a sus hijos, como un paseante misterioso de la una y de la otra ribera de la vida*”. Otra observación que hace a la escritura de *lo posible*, puede encontrarse en “Fuegos fatuos” de 1887, artículo dedicado al libro de poesía de título homónimo de Carlos Roxlo publicado ese mismo año. Acevedo Díaz rescata que el joven escribe en un lenguaje que se ha ido olvidando, pero que seduce y cautiva, porque “*no habla de lo que es, sino de lo que debe ser*”. A continuación, refiriéndose a esta idea, cita una estrofa de Roxlo: “*Yo soy el ritmo alado/ De la canción eterna/ Y sé que en cada ser y en cada cosa/ Un laúd se oculta de vibrantes cuerdas*”. En cuanto al poema “Andresillo” de *Fuegos fatuos*, que tiene por tema el sacrificio de un niño huérfano de la ciudad que es maltratado por sus tutores en beneficio de una niña de su

misma condición, Acevedo Díaz sostiene que se trata de “*una inspiración de alto mérito*”; sin embargo, lamenta que Carlos Roxlo no se dedique en sus páginas a los asuntos específicamente nacionales. En este poema puede advertirse el acercamiento de Roxlo al *ideal*, a lo que *debe ser*, pero Acevedo Díaz repara en que este no está directamente vinculado con la construcción de la nacionalidad que él anhela.

El ideal, para Acevedo Díaz, es dinámico, ya que se modifica a la par del progreso. Taine, a quien sabemos que Acevedo Díaz había leído para 1906 según los artículos que hemos revisado y a quien pudo conocer anteriormente o encontrarse familiarizado con sus ideas, en *Filosofía del arte* plantea esta misma noción de los ideales, al afirmar que *La Divina Comedia* y *Fausto* “*manifiestan la verdad más elevada que han podido alcanzar dos espíritus soberanos cada cual según el ideal de su tiempo*” (Taine, 2000: 33). Para el escritor uruguayo, al menos durante el período que estudiamos aquí, el progreso llevaría a la perfectibilidad. Este movimiento, relativo a su concepción positivista, es inherente a la sociedad, como expresa en 1880: “*el genio literario sigue modificándose a medida que el gusto popular varía de tendencias.*”

De alguna manera, Acevedo Díaz cree que la dinámica del ideal es provocada o se mueve junto a una exigencia social. Escribe en el artículo “La poesía americana. Acordes de un mismo laúd” del año 1875: “*El poeta es hoy más que nunca un obrero: ya no es el bardo errante que en la primera edad cantaba a sus amos los versos de Eurípides, que en la segunda presidía con su lira las cortes de amor, y que en la última levantaba balbuciente la copa del deleite para pronunciar el brindis al primer desengaño y al último amor.*”

A partir de estas cuatro grandes edades creadoras que concibe el autor, que, a grandes rasgos, podríamos señalar como la Época Clásica, la Edad Media, el Romanticismo personal o en decadencia y, finalmente, la Modernidad como su época contemporánea, Acevedo Díaz le concede un dinamismo a la función del “*poeta*” (que podemos considerar como al *escritor de literatura*, ya que es la idea que se desprende de estos textos). De esta manera, en la primera alababa a sus amos; en la segunda, estaba dedicado al amor cortés; en la tercera, entonaba los desengaños amorosos y, finalmente, el poeta de su tiempo, que adquiere una función pragmática para la sociedad, ya que debe convertirse en un obrero.

Esta noción de *obrero* que Acevedo Díaz advierte como un nuevo destino del escritor de su tiempo, debe entenderse en el sentido de una profesión naciente, distinta a lo anterior. Lo que manifiesta es la tarea del intelectual como constructor de la sociedad

a partir de los ideales. La concepción figurada que le concede a este vocablo, está relacionada con la tercera acepción, metafórica, que registra el Diccionario de la Real Academia Española para “obrero” en su edición de 1869: “*El que trabaja apostólicamente en la salud de las almas*”. Por esto, no debe confundirse con un concepto derivado de la división específica del trabajo. Lo que Acevedo Díaz advierte es que el escritor debe ir más lejos de lo que lo hacía anteriormente, debe sobrepasar esos límites y desbordarse hacia la sociedad. En 1884 escribe: “*La personalidad humana, integral y completa, empieza a dibujarse en el cerebro creador del soñador llamado a ensanchar la esfera de la vida fuera de los límites que le han asignado un progreso actual*”.

En el artículo “El estilo. Disertación sobre estética”, publicado en 1880, Acevedo Díaz sostiene que la misión del genio implica “*traducir [los] profundos ideales de la humanidad por medio de una obra que aparezca como la obra de ella misma*”. De esta forma, como comenta en este mismo texto, el escritor contemporáneo y creador de verdaderas obras de arte, en las que debe reflejar el ideal, es el que alcanza un estilo impersonal que no muere, y agrega que “*descubre el secreto íntimo de vuestra alma como si vosotros mismos lo hubieseis revelado*”. Este escritor obrero se debe, por lo tanto, a lo que él llama el “*orden natural de las ideas y de las aspiraciones humanas*”. Acevedo Díaz agrega que existen dos estilos en que la fantasía se divorcia de este orden natural, uno de ellos es el de Poe y el otro el de la escuela heinista.

En relación a la escritura de Poe y poniendo como ejemplo su cuento *El hombre en la multitud*, Walter Benjamin, en el texto “Sobre algunos temas en Baudelaire”, sostiene que “*La multitud [...] en Poe tiene algo de bárbaro. La disciplina sólo la sujeta con grave esfuerzo*” (Benjamin, 1972: 146). Más adelante agrega: “*el texto de Poe vuelve transparente la verdadera interdependencia entre disciplina y barbarie*.” (Benjamin, 1972: 149). Siguiendo este planteo de Benjamin a partir de la lectura que hace de Poe, es posible acercarse a la idea que concibe Acevedo Díaz cuando realiza la siguiente afirmación sobre la escritura del mismo autor norteamericano: “*Esta literatura de cementerios, extraña y triste, monótona y fantástica [...] carecía de ideal*”. Aquí, sin embargo, debemos hacer una advertencia y plantear una distinción entre las muchedumbres del uruguayo y las multitudes del norteamericano, ya que estas últimas son las de las grandes ciudades *modernizadas* y aquellas las de la pampa *bárbara*.

En el texto “Pasajes literarios”, publicado en 1894, Acevedo Díaz rechaza la noción del escritor que debe subordinarse por completo a moldes preestablecidos y

agrega que no pudieron persuadir de esto a Sarmiento, haciendo referencia a los críticos que se encuentran “*imbuidos en las reglas de la escuela clásica*”. En relación al escritor argentino y a esta línea de pensamiento, Julio Ramos afirma que el proyecto modernizador latinoamericano no podía basarse en la importación del modelo, o sea, del libro europeo, ya que para superar el caos producido posteriormente a las luchas de independencia se debía conocer la voz del *otro*, la de la *barbarie*, que era irrepresentable dentro de aquel modelo. (Ramos, 2009: 73-74). En *Proceso intelectual del Uruguay*, Alberto Zum Felde advierte esto en las novelas de Acevedo Díaz pertenecientes al ciclo épico. Dice el crítico: “*todo es trasunto de la vida americana, y no postiza adaptación de lo americano a las imágenes de la literatura europea*” (Zum Felde, 1967: 224).

La noción de *traducción* que Eduardo Acevedo Díaz planteó en 1880, con la que afirmaba su idea de la construcción de una obra que traduzca los ideales de la humanidad, también ha sido analizada por Ramos en relación al autor de *Facundo*. El crítico puertorriqueño sostiene que: “*para sacar a los suyos de la «barbarie», el intelectual viaja a las «tierras altas». Él sí podía respirar en aquellas regiones altas: llevaba lecturas. Luego regresaría con la palabra traducida, llena de valor, del modelo.*” (Ramos, 2009: 67). En una nota dentro de este mismo capítulo dedicado a Sarmiento, Ramos le atribuye al escritor argentino el epíteto de *patricio modernizador* que bien podría corresponderle a Acevedo Díaz.

En el capítulo IV de *La ciudad letrada*, Ángel Rama afirma que los intelectuales recogen del mundo rural la oralidad que está desintegrándose, “*ya que carece de posibilidad evolutiva propia*”. A continuación agrega: “*En la medida que ese universo agonizante funciona a base de tradiciones analfabetas y usa un sistema de comunicaciones orales, puede decirse que la letra urbana acude a recogerlo en el momento de su desaparición*” (Rama, 1984: 94-95). Más adelante sostiene que la producción literaria finisecular, signada por la ideología del momento, da muestras de invenciones que son generadas por el *movimiento*. De ahí, que exista un “*afán de normatividad que abarque a todos los hombres*” (Rama, 1984: 106).

En contraposición con las muchedumbres, los espíritus superiores son los que deben cumplir con la tarea de definir las aptitudes y los caracteres de aquellas. Acevedo Díaz lo expresa así en “La novela histórica”, artículo de 1895: “*dignificar el sufrimiento en beneficio del ideal común [y] poner de manifiesto las conquistas morales y políticas que han obtenido por virtualidad propia*”. En reiteradas ocasiones hace mención al

concepto de armonía entre el creador de verdaderas obras de arte y la sensibilidad de todos los seres humanos; así, en 1880 escribe: “*la lira de las almas, compuesta de fibras infinitamente sensibles, solo puede ser pulsada por esos seres de privilegio*”. Cuatro años más tarde, en “Ideales de la poesía americana”, dirá que la humanidad no puede marchar sin precursores y que la lira debe cantar las virtudes para conservarlas de las pasiones, que deben entenderse, estas últimas, propias de las muchedumbres. En 1893 las llamará “*emoción pasional del pueblo*” y en 1894 “*las pasiones palpitantes de la propia sociabilidad*”.

Sin embargo, Acevedo Díaz no tiene una visión optimista en cuanto a la posibilidad de que las obras superiores sean comprendidas por las muchedumbres. Constantemente, a lo largo de este período estudiado, hace mención a la pequeña cantidad de lectores que podría lograrlo. En el artículo “La vida de sentimiento” publicado en el año 1880, escribe una clara referencia a la caverna alegórica de Platón, al plantear que los *seres de privilegio* llegan a la vida con una *misión augusta*, caminan dentro de una sombra donde solo ellos pueden ver y, al regresar y expresar lo que han visto, no son creídos. Para ser reconocido, el escritor de mérito necesita la sanción del tiempo (idea que se encontraba presente en Taine). En este sentido, puede decirse que Acevedo Díaz le otorga una importancia considerable al lugar del lector y en varias ocasiones se refiere a su función. En un artículo de 1875, luego de citar un poema de Ignacio Trujillo agrega que no lo comentará “*dejando al lector esa tarea*”. En el año 1894, cuando realiza una crítica a los intelectuales que quisieron persuadir a Sarmiento de que escribiera utilizando moldes, afirma que aquellos pretenden que “*el estilo [sea] tan claro, castizo y puro que el lector nada tenga que adivinar*”. Más adelante agrega, refiriéndose a su tarea como crítico, que su sistema no depende del “*capricho de los lectores*”.

Si bien considera que el *pueblo* difícilmente acceda a la comprensión de una obra de arte superior, en 1895 sostiene que es necesario crearla para “*instruir almas y educar muchedumbres, aunque las muchedumbres que se eduquen y las almas que se instruyan no lleguen a ser las coetáneas del autor*.” Esta concepción de una obra que sea útil para la construcción de la sociedad en un tiempo futuro es una idea que surge con la modernidad.

Gradualmente, la visión de Acevedo Díaz en relación al futuro idealista que plantea en el siglo XIX comenzará a entrar en conflicto, paradójicamente, a causa de la propia modernización. En un artículo publicado en el año 1906 ya se vislumbra esta

nueva perspectiva en la que comienza a mostrar una visión más pesimista y cuestiona al positivismo evolucionista al que se había alineado en el siglo anterior. No debe olvidarse que durante el siglo XIX Eduardo Acevedo Díaz participa en tres revoluciones: en la *de las Lanzas*, de 1870 a 1872; en la *Tricolor*, de 1875; y como secretario de Aparicio Saravia en el levantamiento armado del año 1897. En este momento, en el año 1906, ya ha abandonado sus participaciones revolucionarias y ha permitido, con su apoyo del año 1903, el acceso al primer período de la presidencia de José Batlle y Ordóñez. Escribe en dicho artículo:

*El espíritu inquieto e investigador ha venido cubriendo de estelas el mundo de las almas a lo largo de los siglos, sin quedar nunca en posesión completa de un ideal verdadero. (...) Cuál es el fin de la evolución. Cuál la solución del problema del que está al fin y es el coronamiento de todos los problemas humanos.*

Y más adelante agrega:

*Las escuelas y las teorías que se enseñorean del imperio intelectual, no usan mucho del cetro, a pesar de imaginarse haberlo dominado todo; luego se derrumban y otras las sustituyen con mayores bríos y arrogancia. Muy pronto, éstas son desalojadas con estrépito por las que renacen para volver a morir.*

Pero esto ya correspondería a su siglo XX.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARDAO, Arturo. “La evolución filosófica de Acevedo Díaz”, en *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo, Universidad de la República, 1971: 209-219. (Consultado el 5 de octubre de 2012 en [http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/arturo\\_ardao/docs/Etapas\\_inteligencia\\_uruguaya\\_1971.pdf](http://www.archivodeprensa.edu.uy/biblioteca/arturo_ardao/docs/Etapas_inteligencia_uruguaya_1971.pdf)).
- BENJAMIN, Walter. “Sobre algunos temas en Baudelaire”, en *Illuminaciones II*, Madrid, Taurus, 1972: 123-170. (Consultado en línea en <http://es.scribd.com/doc/21554863/Benjamin-Walter-Illuminaciones-II> el 10 de octubre de 2012). (Traducción de Jesús Aguirre).
- RAMA, Ángel. “La ciudad modernizada”, en *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca-Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama, 1984: 79-112.
- RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Caracas, El Perro y la Rana, 2009.
- TAINÉ, Hipólito Adolfo. *Filosofía del arte*. Tomo IV. Elaleph.com, 2000. (Edición digital consultada el 5 de octubre de 2010 en <http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2011/arte4.pdf>). (Traducción de Federico Climent Terror).
- ZUM FELDE, Alberto. “Eduardo Acevedo Díaz”, en *Proceso intelectual del Uruguay*. Tomo I. Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1967: 223-257.